

**BUENOS AIRES ANTES DEL CENTENARIO**  
**1904-1909**

*Presentación del libro*  
*de las Dras. Francis Korn y Silvia Sigal*  
*realizada en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires,*  
*el 30 de junio de 2010*



## Presentación del Prof. Luis Alberto Romero

En la presentación, las autoras comienzan por lo que el libro no es. Ni una historia social ni una historia política. Solo se trata de recrear el ambiente de los habitantes del Buenos Aires, atacando por “flancos inesperados”, “trozos oscuros” “aparentemente irrelevantes”. Debiera parecerse a lo que percibieron los porteños, nos dicen.

En un sentido, el libro es menos que eso. ¿Quién puede saber lo que percibió la gente? Es una ilusión tan grande como la de creer que uno puede saber lo que realmente ocurrió. Cosa que, obviamente, no ignoran investigadoras experimentadas y con probadas preocupaciones epistemológicas como lo son las autoras de este libro. De modo que, diría, tras esa afirmación hay algo de modestia y mucho de querer alejarse de las “grandes interpretaciones”, cerradas y lógicas, pero generalmente a costa de la riqueza existente en la materia tratada.

Pero en otro sentido, en el que verdaderamente importa, el libro da mucho más de lo que promete. Por lo que presenta explícitamente y por lo que surge su escritura, tan compleja y trabajada, la cual en sí misma merece un análisis que yo no sabría hacer.

Veamos el contenido de lo que *a priori* ha sido presentado como apenas un *bric a brac*. En cada año, siguiendo los diarios, nos presentan una serie de temas, elegidos aparentemente de manera arbitraria; algunos de ellos son centrales en el capítulo y otros ocupan un lugar complementario. Los temas reaparecen en otros años, a veces con las proporciones de extensión cambiadas.

En el capítulo sobre 1904 se habla de la elección de Palacios, la política criolla, el socialismo, los trabajadores, la acción obrera y las huelgas. También del barrio de La Boca, el crecimiento de Buenos Aires, los italianos, sus manifestaciones y la italianidad, a propósito de la inauguración de la estatua de Garibaldi en Plaza Italia. También de los estudiantes, la Universidad y la sociología, que pretendía ser científica. Cecilia Grierson insinúa un tema que, contra la corriente actual, está poco presente en este libro: el de la mujer.

1905 está centrado en la visita de Giacomo Puccini. Nos enteramos de todos los agasajos que acompañaron su presencia –recordamos el capítulo sobre “Lo que le mostraron al príncipe” en el libro de Francis Korn *Los huéspedes del 20*–. También nos enteramos de los entretelones del mundo de la ópera, una pasión de los porteños de entonces cuyas razones intrigan a la autora, en este caso Francis.

La muerte y los funerales de Cané conectan este año con 1906, el año de grandes muertes: Mitre, Quintana, Pellegrini y Bernardo de Irigoyen. Ocasión para examinar el ritual de los funerales cívicos, la combinación de lo estatal y lo popular, la retórica de los elogios fúnebres y, lateralmente, la presencia de dos organizaciones que compiten por el sentido de la celebración: la Iglesia por un lado, y la Masonería por otro. También es ocasión para que las autoras echen un vistazo sobre la muerte de la gente común, los cementerios, los asesinatos y, volviendo a la ópera, la muerte del hijo de Toscanini, por entonces en Buenos Aires, que actuaba en una de las óperas de Puccini.

El capítulo sobre 1907 se centra en la huelga de inquilinos, examinada desde la experiencia de algunos de sus actores. Para ser justos con el enfoque de género, uno de ellos es una mujer, pues las mujeres tuvieron un papel principal en la huelga. A partir de la huelga analizan la situación de la vivienda en Buenos Aires, el problema del conventillo –una cuestión en la que suelen confrontar las interpretaciones pesimistas y optimistas–, y luego la de los loteos y el comienzo de la construcción popular de la “casa propia”. En un *excursus*, que altera fuertemente el principio de contemporaneidad que rige el libro, se recuerda en detalle un lejano producto del crecimiento urbano: la epidemia de fiebre amarilla de 1871.

El capítulo de 1908 parte de la inauguración del Teatro Colón –otra vez el mundo de la ópera– y desde allí, en visión panorámica, se examinan los entretenimientos de los porteños: otros espectáculos teatrales y afines, el vasto mundo de los nuevos deportes –por entonces más practicados que presenciados– y el turf. Pero el Colón lleva también a la ópera *Aurora*, estrenada ese año, obra de Arturo Panizza, un verdadero híbrido ítalo argentino, acorde con lo que Buenos Aires era entonces. La línea argumental trazada por un autor local, José Quesada, es reinterpretada en Italia por el famoso Luigi Illica, el libretista predilecto de Puccini, quien no estuvo limitado en su imaginación por un conocimiento demasiado preciso de la Argentina y de su historia. La ópera incluye lo que luego fue nuestra célebre oración a la bandera –la que todos nosotros hemos cantado durante

años—. En su versión italiana original se habla de “la bandera del paese mio”, y me pregunto si *paese* es exactamente lo mismo que *patria*; creo que no. También queda claro en italiano que el autor juega con una comparación entre el águila imperial romana, estandarte de las legiones, y nuestra bandera. El “aureo rostro” es en realidad el pico del águila; en cuanto a “imista”, sigo sin saber qué es. Por ese costado, recurso tan característico de este libro, todo el proceso de construcción de nuestra nacionalidad —un tema sobre el que últimamente se ha escrito mucho— aparece iluminado desde ese sorpresivo ángulo de los italianos.

El mismo tema reaparece en el último capítulo. Esta vez se discute si es adecuado encargar al francés Camille Saint Saens —un músico admirado en Buenos Aires— el himno del Centenario, lo que finalmente se descarta. Mientras tanto Ricardo Rojas y Manuel Gálvez claman en célebres ensayos por el déficit de nuestra nacionalidad y José María Ramos Mexía, desde el Consejo Nacional de Educación, procura introducir en las escuelas el ritual de la jura de la bandera. Esa nacionalidad es cuestionada por los anarquistas, que no creen en los estados ni en las naciones. Ellos encabezan ese año, y los anteriores, una serie de violentos movimientos huelguísticos, que dan lugar a una fuerte represión, y cuyo clímax es el asesinato del jefe de Policía Ramón Falcón. A fin de año, con todo más calmo, una manifestación recibe a Roque Sáenz Peña quien, luego de ser electo en la más fraudulenta de las elecciones, se apresta a regenerar el sistema electoral.

En suma, tras este *bric a brac*, que la escritura acentúa deliberadamente mediante fuertes cambios en el tema y enlaces forzados, hay algunas cuestiones centrales, que reaparecen regularmente en el texto, y que precisamente son temas importantes de la historia social y la historia política, que inicialmente había sido declarada ausente: el crecimiento urbano, la inmigración, el movimiento obrero, los italianos, la nacionalidad, la política criolla y su reforma. Otros, como la ópera, verdadero *leit motiv* del libro, son menos habituales.

Quiero decir algo sobre las autoras. Soy casi coetáneo de ellas, pero ese casi, insignificante a esta altura de nuestras vidas, me impidió conocerlas y tratarlas en nuestra gloriosa Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y con la diáspora posterior, tampoco pude verlas mucho. Pero las leí, y en ocasiones ávidamente, como es el caso del trabajo de Silvia con Ezequiel Gallo sobre el radicalismo, que sabíamos casi de memoria quienes tratába-

mos de entender la historia política. También conocí, estando en el Instituto Di Tella, su trabajo sobre los obreros tucumanos, que me abrió un panorama novedoso en relación con lo que era la línea de interpretación marxista dominante. Con mucha más avidez leí el libro sobre Perón, que hizo con Eliseo Verón, que hasta hace poco utilizaba habitualmente en mis seminarios, y finalmente el de los intelectuales. En rigor, son trabajos que se incluyen en lo que llamaría la gran tradición de la historia social y en sus derivaciones hacia la historia del discurso o la historia intelectual. Solo en su reciente libro sobre la Plaza de Mayo encuentro que Silvia ha hecho un giro novedoso en su enfoque, que la acerca hacia el de este libro.

Voy a referirme un poco más a Francis, porque me parece que su participación en este libro es mayor. Conocí sus trabajos más tardíamente. Leí *Los huéspedes del 20* en 1976. Mi reacción fue de extrañeza, y hasta de desagrado. El libro rompía con lo que era entonces el paradigma de los historiadores sociales, que solíamos comenzar ritualmente nuestros textos diciendo: “En 1880 cuando la Argentina se incorpora al mercado mundial...” y luego, a las cansadas, quizás no ocupábamos de alguna cosa concreta, cotidiana. Tampoco era habitual su preocupación por la escritura, tan desconcertante como sus extensas citas de testimonios, que por otra parte —reconocía entonces— resultaban muy entretenidos. Tardé en darme cuenta de que en realidad, estaba allí todo lo que usualmente se le pide a un trabajo de investigación: hipótesis, información dura, prueba, y que además incursionaba en cuestiones que antes desdeñábamos pero que la nueva historia social, muy influida por la antropología, estaba valorando.

En 1978 tuve ocasión de tratarla, de conversar con ella y de aprender “en vivo” muchas cosas. Por entonces preparaba un libro que por algún motivo no fue, sobre el barrio de Flores. Yo estaba en esa época organizando un libro colectivo sobre Buenos Aires y le encargué dos capítulos sobre la sociedad entre 1880 y 1930. Confieso que, pese a todo, los capítulos me desconcertaron y hasta me desilusionaron: en lugar de hablar de la oligarquía, la propiedad de la tierra, las relaciones sociales y algunas otras cosas “estructurales”, Francis analizaba minuciosamente la lista de socios del Jockey Club. Un análisis que, tiempo después, me pareció una pequeña joya, y al que he recurrido muchísimas veces.

Es sabido que esos textos, así como los que componen este libro, forman parte del largo interés de Francis por la ciudad en esa época. Eso aparece en sus trabajos sobre la vivienda, los italianos o las

clases medias: en los que –diría–, los viejos temas de Germani y José Luis Romero están presentes, vistos desde otro lado pero apuntando a lo mismo.

Hace poco he escrito que los trabajos de Francis –y sobre todo *Los huéspedes del 20* que es de 1974, creo– marcan el giro entre la primera tradición de la corriente historiográfica de la historia social, con planteos más macrosociales, como los de *Argentina, sociedad de masas*, y la segunda etapa, que se desplegó plenamente después de 1983, en un sentido anunciado por aquel libro: hoy todos los historiadores comparten ideas como que en la historia de la sociedad hay muchos temas relevantes e iluminadores, y no un tema privilegiado, como en su momento fue la inmigración. Que es preferible traducir lo general en lo concreto y admitir que cada manifestación concreta no necesariamente encaja en lo general. Sobre todo, que es importante describir, y aprovechar la riqueza de una descripción precisa y minuciosa. Una descripción para la cual es ritual la cita de Clifford Geertz, pero que Francis, naturalmente, remite a Lytton Strachey.

Muchos sabrán que sus textos son objeto de polémica, que Francis disfruta, cuestionando los lugares comunes a los que se apela. Que investigadores que se consideran “serios” tienen sus trabajos por livianos y hasta apologéticos. Yo, en cambio, encuentro en ellos una densidad y una sabiduría metodológica enorme que, por suerte para sus lectores, no necesita de la jerga.



## Presentación del Prof. Fernando Rocchi

¿Puede un libro intentar el análisis de la vida social durante un cierto período de tiempo?

Al leer *Buenos Aires antes del Centenario 1904-1909* de Francis Korn y Silvia Sigal se siente que esta tarea es posible. Basado en una gran cantidad y diversidad de fuentes y en una perspectiva de investigación originales, el libro se propone una manera novedosa como es la de estudiar el Centenario en los años que lo precedieron.

Aunque las autoras lo desdigan en la introducción, este libro deviene en una verdadera historia social, pero una en la que los protagonistas tienen autonomía y hasta son conocidos por nombre y apellido. Asimismo, se evitan los adjetivos y las grandes categorías que dificultarían la comprensión del fenómeno social.

El libro usa la metodología de la comparación con otros lugares del mundo, lo que vuelve al lector menos ingenuo. Cada capítulo responde a cada uno de esos años y nos muestra una faceta de la vida social en Buenos Aires a la vuelta del siglo XX.

“¿Cómo se representaría el ‘mundo’ un niño nacido en el barrio de la Boca?” o cómo recibió Buenos Aires a una compañía de ópera conforman el tipo de preguntas que se hacen las autoras; las mismas, por su originalidad, otorgan al libro razones para ser leído. El libro comienza en 1904 y en el barrio de la Boca. Pero no se empantana en la historia del barrio, sino que la completa con el análisis de *l’italianità* que se expresaba en la Boca, más que en cualquier otro lugar. Y continúa con la médica Cecilia Grierson y la discriminación hacia la mujer por un puesto público.

Asimismo se desarrolla el tema de qué leía la gente para pasar a un análisis de la discusión académica como sigue con el lugar de la sociología entre las ciencias jóvenes y el debate que se produjo en torno a este tema. Y finaliza con el intenso movimiento teatral de ese año. Es esa actividad teatral la que parece unir este año (o capítulo) con el siguiente.

En 1905 se produjo una verdadera convulsión social con la estada de Puccini en Buenos Aires. La repercusión de la visita le generó un raptó de popularidad que era incomparable hasta en su patria. No sólo de grandes cantantes se nutría el teatro, y en este punto las autoras se detienen en el mundo de las empresas de ópera y del resto de los actores del género teatral que sostuvieron la actividad.

1906 fue el año de las grandes muertes (Mitre, Pellegrini, el presidente Quintana y Bernardo de Irigoyen), relatado con un intenso dramatismo por las autoras. No fue, en cambio, un año de obituarios merecidos para el diario socialista *La Vanguardia*, que acusaba al Estado de gastos excesivos para aportar al entierro de sus figuras consulares. Y también el capítulo nos habla de suicidios y de peleas en riña, menos resonantes pero igualmente letales en sus resultados.

La huelga de inquilinos es aprovechada por las autoras para describir la vida social del año 1907. Al comparar Buenos Aires con Nueva York y Chicago el lector se da una idea del crecimiento inmobiliario. El mismo es fantásticamente pintado en una de las reveladoras fotos del libro: un remate de terrenos en los que puede intuirse la *italianità*.

La inauguración del Teatro Colón preside la descripción del año 1908, con una audiencia tan exigente como para que la interpretación de la ópera *Aída* fuera recibida con el rechazo unánime de la crítica, lo que denota un importante espacio del género. También este año es utilizado para mostrar las diversiones deportivas, desde la turfística —con una descripción fascinante del premio Carlos Pellegrini y del Hipódromo— hasta el fútbol. El mismo año se produjo el cierre del Congreso por parte del presidente, un hecho traumático para la historia política del país que ocupa en el libro un lugar destacado.

En 1909 Buenos Aires tuvo 848 funciones, un número que representaba la mitad de la población porteña en los teatros, además de 41 biógrafos. Este movimiento cultural contrastaba con la denuncia y la condena de los socialistas respecto de costumbres populares como los carnavales y el tango.

Las diversiones y su condena no serán los únicos protagonistas de 1909. Es el año de la agitación social. Con movimientos huelguísticos convierten, como dicen las autoras, a Buenos Aires en una “ciudad ausente y nerviosa”. El asesinato del jefe de la policía Ramón Falcón va a llevar al conflicto social a su clímax en una tensión social que se prolongará hasta 1910.

Las autoras dedican su espacio a la cuestión nacional, es decir, a los esfuerzos del Estado por argentinizar el país, tema que comien-

za a pesar cada vez más en la escuela y que intentará engullir en el crisol de razas a los hijos de extranjeros. Este nacionalismo, sin embargo, no va a enclaustrar a la Argentina sino que va ir de la mano de su cosmopolitismo con las visitas de intelectuales como Anatole France y Vicente Blasco Ibáñez.

Después de este resumen, no nos queda más que alabar a este libro por su trabajo de investigación y el nivel de análisis alcanzados. Es de esos raros ejemplos que uno daría en un curso, porque muestra una perspectiva que permite mejorar nuestro conocimiento de la historia de la vida social en la Argentina.

El libro de Francis Korn y de Silvia Sigal resulta una lectura indispensable para aquellos que quieren conocer la historia argentina a principio de siglo, una historia que aquí termina en 1909. Esta idea, por demás original, no resulta más que una razón adicional para leerlo.